

## LOS INTERESES CREADOS

CRISPIN

He aquí el tinglado de la antigua farsa, la que alivió en posadas aldeanas el cansancio de los trajinantes, la que embobó en las plazas de humildes lugares a los simples villanos, la que juntó en ciudades populosas a los más variados concursos, como en París sobre el Puente Nuevo, cuando Tabarín, desde su tablado de feria, solicitaba la atención de los transeuntes, desde el espetado doctor que detiene un momento su docta cabalgadura para desarrugar por un instante la frente, siempre cargada de graves pensamientos, al escuchar algún donaire de alegre farsa, hasta el pícaro hampón, que allí divierte sus ocios horas y horas, engañando al hambre con la risa, y el prelado y la dama de calidad y el gran señor desde sus carrozas, como la moza alegre y el soldado y el mercader y el estudiante. Gente de toda condición, que en ningún otro lugar se hubiera reunido, comunicábase allí su regocijo; que muchas veces, más que de la farsa, reía el grave de ver al risueño, y el sabio al bobo, y los pobretes de ver reír a los grandes señores, ceñudos de ordinario, y los grandes de ver reír a los pobretes, tranquilizada su con-

ciencia con pensar: ¡también los pobres ríen! Que nada prende tan pronto de unas almas en otras, como la simpatía de la risa. Alguna vez, también subió la farsa a palacios de príncipes, altísimos señores, por humorada de sus dueños, y no fué allí menos libre y despreocupada. Fué de todos y para todos. Del pueblo recogió burlas y malicias y dichos sentenciosos de esa filosofía del pueblo, que siempre sufre, dulcificada por aquella resignación de los humildes de entonces, que no lo esperaban todo de este mundo, y por eso sabían reírse del mundo sin odio y sin amargura. Ilustró después su plebeyo origen con noble ejecutoria. Lope de Rueda, Shakespeare, Molière, como enamorados príncipes de cuentos de hadas, elevaron a Cenicienta al más alto trono de la Poesía y del Arte. No presume de tan gloriosa estirpe esta farsa guiñolesca, de asunto disparatado, sin realidad alguna. Pronto veréis cómo cuanto en ella sucede, no pudo suceder nunca; que sus personajes no son ni semejan hombres y mujeres, sino muñecos o fantoches de cartón y trapo, con groseros hilos, visibles a poca luz y al más corto de vista. Son las mismas grotescas máscaras de aquella comedia del Arte italiano, no tan regocijadas como solían, porque han meditado mucho en tanto tiempo. Bien conoce el autor, que tan primitivo espectáculo no es el más digno de un culto auditorio de estos tiempos; así, de vuestra cultura tanto como de vuestra bondad se ampara. El autor sólo pide que añeís cuanto sea posible vuestro espíritu. El mundo está ya viejo y chochea; el Arte no se resigna a envejecer, y por parecer niño, finge balbuceos..... Y he aquí cómo estos viejos polichinelas pretenden hoy divertiros con sus niñerías.....

PROLOGO.

JACINTO BENAVENTE.

---

---

## Marco Bruto

---

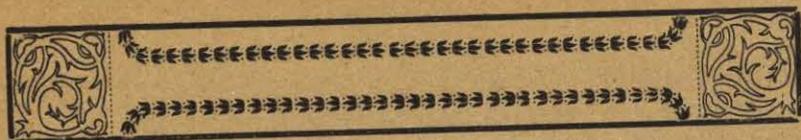


Pueblo romano: Julio César es el muerto; yo soy su matador: la vida que le quité es la propia que él había quitado a vuestra libertad: si en él fué delito tiranizar la república, en mí há de ser hazaña el restituirla. En el Senado le dí muerte, porque no diese muerte al Senado. A manos de los senadores acabó; las leyes armadas lo hirieron: sentencia fué, no conjuración. César fué ajusticiado y ninguno fué homicida. En este suceso sólo podrán ser delincuentes los que de vosotros nos juzgaren por delincuentes. Yo no retraje al Capitolio mi vida, sino estas razones; porque, en habiéndolas oído, os agraviara si os temiera.

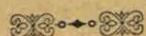
.....  
Ciudadanos de Roma: las guerras civiles, de compañeros de Julio César os hicieron vasallos; y esta mano, de vasallos os vuelve a compañeros. La libertad que os dió mi antecesor Junio Bruto contra Tarquino, os da Marco Bruto contra Julio César. De este beneficio no aguardo vuestro agradecimiento, sino vuestra aprobación. Yo nunca fuí enemigo de César, sino de sus designios; antes tan favorecido, que en haberle muerto fuera el peor de los ingratos, si no hubiera sido el mayor de los leales. No han sido sabidoras de mi intención la envidia ni la venganza. Confieso que César, por su valentía y por su sangre, y su eminencia en

la arte militar y en las letras, mereció que le diese vuestra liberalidad los mayores puestos; mas también afirmo que mereció la muerte, porque quiso antes tomároslos con el poder de darlos que merecerlos: por esto no lo he muerto sin lágrimas. Yo lloré lo que él mató en sí que fué la lealtad a vosotros; la obediencia a los padres. No lloré su vida porque supe llorar su alma. Pompeyo dió la muerte a mi padre; y aborreciéndole como a homicida suyo, luego que contra Julio en defensa de vosotros tomó las armas, le perdoné el agravio, seguí sus órdenes, milité en sus ejércitos, y en Farsalia me perdí con él. Llamome con suma benignidad César, prefiriéndome en las honras y beneficios a todos. He querido traer estos dos sucesos a la memoria, para que veáis que ni en Pompeyo me apartó de vuestro servicio mi agravio, ni en César me granjearon contra vosotros las caricias y favores. Murió Pompeyo por vuestra desdicha: vivió César por vuestra ruina, matele yo por vuestra libertad. Si esto juzgáis por delito, con vanidad le confieso; si por beneficio, con humildad os le propongo. No temo el morir por mi patria; que primero decreté mi muerte que la de César. Juntos estáis y yo en vuestro poder: quien se juzgare indigno de la libertad que le doy, arrójeme su puñal; que a mí me será doblada gloria morir por haber muerto al tirano. Y si os provocan a compasión las heridas de César, recorred todas vuestras parentelas, y veréis cómo por él habéis degollado vuestros linajes, y los padres con la sangre de los hijos, y los hijos con la de sus padres habéis manchado las campañas y calentado los puñales. Esto, que no pude estorbar y procuré defender, he castigado. Si me hacéis cargo de la vida de un hombre, yo os le hago de la muerte de un tirano. Ciudadanos: si merezco pena, no me la perdonéis; si premio, yo os le perdono.

FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.



## EL ROMULO



.....uno de los que en el juego fueron burlados, habló de aquesta manera:

“Pidieron los romanos mujeres, y vosotros se las negasteis. No fué ya efecto del caso, si a negárselas concurrísteis todos. Han ahora cesado las razones de negarlas, pues están arrebatadas. ¿Se debe ahora conceder a la fuerza lo que se negó al amor? Nosotros, que fuimos sordos a los ruegos, ¿seremos ciegos a la violencia? No quisimos admitir con paciencia las súplicas, y ¿sufriremos con bestialidad las injurias, enseñando que para con nosotros, mientras es seguro el robar, no hay otra cosa peligrosa si no el pedir?”

Excusaron ellos la violencia con la necesidad. Aquella necesidad, que solía ser en otro tiempo escudo de los mal afortunados y la defensa de los temores, se ha vuelto capa de los dichosos, y estímulo de los temerarios.

Lleváronnos los ciudadanos con título de seguridad; hurtáronnos las mujeres con nombre de matrimonio; ocuparon la ciudad debajo del color de dote. Así como han tenido necesidad de nuestras hijas para crecer en número, así la tendrán presto de nuestros países para crecer en estado, y si por caso se entibiase en los romanos la codicia del dominar, servirales de estímulo para ofendernos siempre, el habernos una vez ofendido. Los favores ya en uno

empleados se renuevan por mantener la memoria de los antiguos; las injurias se multiplican, por asegurarse de las hechas antes. Malamente puede quedar amigo el que ha ofendido, porque no cree que puede ser su amigo el que ha sido ofendido. Donde se espera amistad y se ha recibido daño, no tiene lugar otra cosa que la venganza; y ésta, retardada, prolonga y hace mayor el peligro, quitando la venganza de la prevención.

Todas las cosas que violentamente contra algunos se hacen, aunque algunas veces produzcan buen efecto, son siempre dañosas porque se derivan, o del desprecio o de la envidia. Ni sirve a otra cosa la paciencia de los ultrajados, que a insolentar a los que la juzgan flaqueza, y a dar ánimo de hacer mayores ofensas contra quien ya fácilmente sufre las que le hicieron. Si el sufrir las injurias dejase gozar el reposo, sería gran prudencia el disimular; mas sin algún fruto hacen vivir a los injuriados, o tontos o viles, como que no tienen seso para conocerlas, o corazón para vengarlas, donde otros pierden la compasión y el miedo: afectos solos bastantes en los mundanos a refrenar los efectos.

Nació en medio de nuestro cuerpo Roma ¿y la despreciamos? Crece y la fomentamos. Dímosla la vida y nos amenaza con la muerte

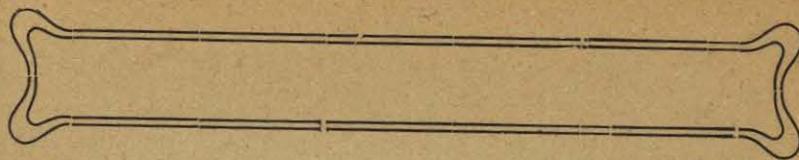
Cualquier que en su principio la vió, previniendo el peligro a los por venir, a los por venir dejó el pensamiento; y como cosa que amenazaba a todos, cada uno se movió a mirarla; a remediarla, ninguno. En los males comunes no temen los particulares; y en los sucesos por venir, se espera socorro del tiempo y de la fortuna.

El ojo que ve la novedad, no deja lugar al entendimiento para juzgar el peligro, hasta que no ha llegado tan cerca que es irremediable. Entonces se ven los yerros de la pereza, cuando no los puede remediar alguna solicitud.

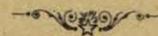
Es una opinión falsa, asegurada de los melancólicos, el dar nombre de prudencia a la tardanza. Naufragan la mayor parte de los negocios, porque las ocasiones son arrebatadas y los hombres perezosos. Se discurre sobre lo presente, y él ya es pasado. No se deben despreciar los momentos cuando de aquellos momentos pende la fortuna de una eternidad. En aquellas cosas que han llegado a la

eterna perfección se puede esperar del tiempo, si no la muerte, a lo menos la vejez; mas en aquellas que empiezan a crecer, el esperar, es querer del tiempo verlas crecidas. Un caminante si encuentra con el principio del río que se recoge en pequeña corriente, no debe pasar adelante para vadearlo al fin donde se extiende en crecida profundidad. Roma es un pequeño arroyuelo: a ella corren como torrente los pueblos de nuestra ciudad. Conviene pelear, no discurrir, y combatir los romanos antes que los romanos sean quebranto de los sabinos, antes que nuestros enemigos sean nuestros nietos. La presteza es el mayor remedio donde el mayor enemigo es el tiempo.

FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.



## LA SIRENA NEGRA



En árida llanura amarilla, cercada por un anfiteatro de montañuelas calvas y telarañosas, iba atardecendo muy despacio. Crepúsculo interminable; del cielo cárdeno parecía descender lluvia de ceniza sutil; y el sol, que detrás de los cerros se ponía, era un globo sin calor, medio apagado, enorme, una pupila de cíclope agonizante.

Tan doliente paisaje ofrecía los tonos secos mitigados y polvorientos de los antiguos tapices, y las figuras que sobre el paisaje comenzaron á desfilarse en caricaturesca procesión, de tapiz eran también: de tapiz o de orla de códice cuatrocentenista. El cuadro era del número de los espantos que el arte ha querido agregar a los espantos de la naturaleza.

La primer figura que desfiló era la del anciano casi divino: un varón de consumida faz; sobre su becoquín de terciopelo guinda, la tiara de oro escalona tres pisos coronados. El esqueleto, roto y desarrapado por el vientre, que le guía, lleva a cuestras, sobre sus huesos mondos, un féretro. El viejo augusto alza la mano para bendecir y excomulgar. . . . El esqueleto le agarra de un brazo, y, trope-

zando en sus luengas vestiduras pontificales, se deja llevar el Papa al baile siniestro. ¡Danzad, Padre Santo!

Al emperador no ha sido necesario asirle. Es sin duda Carlomagno, el héroe, y desdeña el temor. Marcha recto y majestuoso, arrastrando sus púrpuras y sus armiños, y en la potente diestra, como relámpago de acero, reluce el espadón de justicia, mientras en la izquierda descansa una esfera de zafir, que es el mundo. El confianzudo esqueleto no respeta los atributos del supremo poder; con gesto persuasivo enseña al excelso la inevitable ruta. ¡Danzad, señor Imperante!

Trémulo, moroso, el Cardenal, vuelve la cara; y el esqueleto se burla, con risa sardónica, del miedo del purpurado. Al acercarse al rey para recordarle que es llegada la hora de danzar, el esqueleto se hace moralista, señala al cielo, y arranca el áureo cetro de las manos que lo empuñan. ¡Oh y qué lindo sermón el que le suelta al Patriarca, que lo escucha mohino y cabizbajo, sin dejarse convencer de que es preciso abandonar el báculo, de que no le valen ni sus vestiduras violeta ni su mitra, donde grupos de gemas complican el prolijo y pueril diseño bizantino! Cuando se acerca al veterano Condestable, armado de punta en blanco y apoyado en su montante de guerra, el esqueleto heroico blande su guadaña oscura, como si dijese: "Arma contra arma... veremos de quién es la victoria."

Para el jactancioso hidalgo, de emplumado birrete, no ha menester el esqueleto ejercitar violencia alguna. Le lleva engañado con razones, con palabras capciosas y elogiosas; le aturde con argucias, le envuelve en fúnebre charla, y, algo receloso, convencido sin embargo, el hidalgo levanta el pie para comenzar el paso de baile. Al asir al abad de la manga del hábito, el esqueleto no puede reprimir la burlesca alegría: dance el gordo, dance el orondo, dance el lucio, el del rojizo pastorejo! Y el esqueleto agita sus canillas, muestra el costillar, donde cuelgan arambales andrajosos de momificada piel.—Más ligera, más mofadora es la actitud adoptada con el digno preboste, y es desenfrenada de júbilo la que toma al armarse de una pala de enterrador y prender, saltando, al fraile teólogo, que en vano se defiende con silogismos sorites y entimemas.

No le vale al médico enarbolar su redoma de jarope y hacerse el distraído, mirándola al trasluz; no le vale al astrólogo embebecerse observando el firmamento; no le vale al canónigo resguardarse con su libro de horas; no le sirve al escudero acariciar al gerifalte que lleva gallardamente enhiesto en el puño. A decir verdad, todos procuran no enterarse de que les llaman a la danza obligatoria: el mercader contempla su bolsón, el cartujo finge absorberse en la lectura ascética, el sargento titubea y describe eses de puro borracho, el músico acaricia su tiorba, el abogado se enfrasca en un legajo, el mancebo galán sonríe a una rosa, respirando su perfume lángidamente; el labriego muestra su azadón, como diciendo: "No puedo menos de ir a cavar la tierra;" el carcelero repica sus llaves, el ermitaño pasa las cuentas de su rosario reverendo... ¡Bah! El esqueleto no se preocupa de tales nimiedades. Su astucia adivina el objeto de las aparentes distracciones. Quizás, viéndoles tan embelesados, pase de largo el terrible bastonero de la Danza general... Sí, ¡pasar él! Les llama, les da escueta orden, les agarra de un brazo con rápido arranque. Hasta le veo acercarse a una cuna y coger de la manita a un pequeñín que, soltando cristalino hilo de baba, repicando por última vez el sonajero, se aduerme en los brazos secos, sin carne, contra la caja torácica que no encierra corazón...

No dejará el esqueleto sin pareja a sus danzarines. Antes de dar la señal del baile, llegan las damas invitadas (invitadas sin excusa). Para traerlas al sarao, el esqueleto redobla las cortesías irónicas, las sardescas galanterías, las actitudes bufonescas, las postraciones a lo Mefisto.

Ante la reina, que va a entrar en danza con su diadema de florones y su veste orlada del armiño immaculado, se rinde cortesano, mientras toma su brazo como el que, respetando, apremia. A la duquesa pálida, que se recoge elegantemente el sobrefaldellín de velludo, la rodea el cuello con enamoramiento, casi la abraza con fúnebre y hediondo abrazo de sepulturero melífluo. Ante la orgullosa fidalga se arrodilla, tratando de estrechar su mano pulida, aristocrática. A la abadesa la descarga del peso del báculo, estorbo para danzar... A la repolluda priora la empuja por

los hombros, suavemente. Ante la gentil damisela hace un contrapás, llevando el compás de los brincos con la pala de enterrador. A la daifa galante la echa al cuello el sudario como si fuese un chal. A la nodriza la ordena con risueña mueca de mandíbulas, cubriirse el seno y soltar al crío; ¡lo primero, el baile! A la moza de cántaro la estruja la cintura, la da un pellizco con dedos óseos, ¡y a remangar las faldas y a danzar! Y cuando la gentil recién casada, o la casta virgen, se estremecen notando que el aire se vuelve oscuro y que un soplo glacial ha rozado sus mejillas en flor— el esqueleto, aplicando la mano sobre la caja del esternón, en el sitio donde el corazón pudo latir un día—les hace tiernas declaraciones, susurrando en el tono del viento cuando solloza y estridula en las ramas de los saúces, elegías amorosas, layos de pasión ultraterrestre.....

Y, en la árida llanura, amarillenta, cercada por el anfiteatro de montañas calvas y telarañosas, a la luz del sol que se pone detrás de los cerros, medio apagado, el baile comienza, al pronto pausado y solemne, sin más música, que el choque de los huesos marfileños, pelados y limpios, del esqueleto que dirige la danza general de la Muerte, tal cual se ve en los Códices góticos. Danzan reyes con pastoras, monjas con guerreros, emperadores con labriegas, fidalgas con arzobispos. Lo que el amor no ha podido nivelar ni reunir en vida, lo nivela la Seca, la omnipotente, con su gesto coreográfico. Las invitaciones al baile han sido de base amplísima; no habrá piques; no se queda en casa nadie; mientras el baile se forma, apresura su ritmo y repicotea sus airoso puntos. Cogidos de la mano, empujados por la sobrehumana ley, contra la cual no vale resistencia, alzando los pies juveniles o gotosos, meneando los troncos flacos o tripones, castañeteando los dedos rígidos, retorciéndose como debían de retorcerse los "Ardientes", en su ronda de martirio y locura, la multitud baila, baila, siguiendo al esqueleto que marca el compás y guía hacia el profundo agujero o sima abierto en mitad de la llanura, donde las parejas, alzando todavía la pierna para un trenzado, caen precipitadas.

EMILIA PARDO BAZAN.



## EL MENTIROSO

DON LUIS. Veo que estorbo; pero, a decir verdad, si tú estás cansado de verme, más lo estoy yo de tus locuras. ¡Ah! No sabemos lo que nos hacemos al no dejar al cielo el cuidado de lo que nos conviene, al querer ser más previsores que él, al importunarle con nuestros desvaríos y absurdas peticiones. Yo deseé tener un hijo con fervor sin igual, se lo pedí sin descanso, con arrebatos increíbles, y el hijo que obtuve, molestando al cielo con mis votos, es la pesadilla y el suplicio de esta mi vida, cuya alegría y consuelo esperaba que fuese. ¿Con qué ojo piensas tú que pueda yo ver ese conjunto de acciones indignas, cuya gravedad cuesta trabajo atenuar a los ojos del mundo; esa serie continua de despilfarros, que me obligan a cada instante a impetrar las bondades del soberano y que han agotado para con él el mérito de mis servicios y el crédito de mis amigos? ¡Oh! ¡Qué bajeza la tuya! ¿No te ruborizas de no merecer tu nacimiento? ¡Oh! ¿Tienes derecho, dime, de envanecerte por ello? ¿Qué has hecho en el mundo para ser gentilhombre? ¿Crees tú que basta con llevar el nombre y las armas, y que es glorioso des-

cender de sangre noble, cuando se vive en la infamia? No, mil veces no; no es nada el nacimiento donde la virtud falta. Solamente tenemos parte en la gloria de nuestros antepasados en cuanto nos esforzamos en imitarlos, y aquel brillo de sus acciones que difunden sobre nosotros, nos impone la obligación de devolverles el mismo honor, de seguir la senda que nos trazaron, de no degenerar en su virtud, si queremos ser tenidos por verdaderos descendientes suyos. De nada te sirve el descender de los abuelos de que has nacido, si te condenan por tu sangre. Ni te da ventaja alguna cuanto hicieres de ilustre; por lo contrario, su brillo no se refleja en ti sino para tu deshonra, y su gloria es una antorcha que alumbra a los ojos de todos la vergüenza de tus acciones. Aprende, en fin, que el gentilhomme que vive mal es un monstruo de la naturaleza; que la virtud es el primer título de nobleza; que yo atiendo mucho menos al nombre que se firma que a las acciones que se ejecutan, y que consideraré más al hijo de un mozo de cuerda, si es honrado, que al hijo de un monarca que vive como tú.

MOLIERE.



## La Muerte del Judío Errante

(RAPSODIA LIRICA DE SCHUBERT)



Ashavero se arrastra fuera de una caverna sombría del Carmelo. . . . Pronto habrá dos mil años que anda vagando sin descanso de un país a otro. El día en que Jesús llevaba la carga de la cruz, quiso descansar un momento delante de la puerta de Ashavero . . . . ¡Ay! éste no lo permitió y expulsó duramente al Mesías. Jesús titubea y cae bajo el peso, pero no se queja.

Entonces, el ángel de la muerte entró en casa de Ashavero, y le dijo con voz irritada: "Has negado descanso al Hijo del hombre; . . . y bien, monstruo, ya no habrá descanso para ti hasta que vuelva Cristo."

Un negro demonio salió de pronto del abismo y se puso a perseguirte, Ashavero, de país en país. . . . ; ¡las dulzuras de la muerte, el descanso de la tumba, todo esto te se niega desde entonces!

Ashavero se arrastra fuera de una caverna sombría del Carmelo. . . . Sacude el polvo de su barba, coge una de las calaveras que allí hay amontonadas, y la arroja desde la cima de la montaña; el cráneo salta, rebota y se hace pedazos. . . . "¡Era mi padre!" exclamó el judío. ¡Otra más! . . . ¡Ah! seis todavía van a rebotar de roca en roca. . . . y éstas. . . y éstas! rugió con ojos ardientes de rabia; ¡éstas